

transformación ó cambio fenomenal. Un examen más atento revela pronto la relación, no fortuita, sino constante y regular entre determinados sucesos. Tal es la causa material y determinada ó eficiente.

Pero la causa material, ó determinada eficiente, es pasiva relativamente á la causa inmaterial ó relativamente indeterminada (coeficiente). Esta impone el cambio autonómicamente; la otra le impone obedeciendo á la necesidad.

Bajo el aspecto material se hace el sér distinto de sí propio, dejando de ser el mismo *pasivamente*. Bajo el aspecto inmaterial se hace el no sér distinto de sí propio, comenzando á ser activamente.

En la función de la conciencia activa concurren con la causa determinante los motivos.

Hay relación íntima entre causa y motivo, pero no identidad. El motivo es motor subalterno, relativamente pasivo, que *concorre* á la determinación de un acto ideal, pero no le determina por sí sólo.

Formado idealmente en la conciencia, puede sumarse como factor con los demás datos pasivos, solidarios de la realización del acto, determinable siempre con plena libertad. No pasa de aquí su ejercicio funcional.

Cautela. — Previsión limitativa de la determinación actual. Función del pensamiento, en la cual figura en primera línea la suspensión del ánimo por temor á males encubiertos, para moderar así los arranques de la pasión y de la actividad voluntaria.

Es la cautela un freno de los ideales irreflexivos y de la precipitación en definirse la voluntad ante falsas apariencias de bienes seductores.

Caverna de Platon. — Entre las más sublimes inspiraciones que nos han conservado los diálogos de Platon, debe contarse la de la caverna.

«Debe compararse — dice — la situación de los hombres en este mundo inferior, como la de miserables encarcelados desde su infancia en el fondo de oscura caverna y con la espalda vuelta á la luz. Detrás de ellos hay un fuego inmenso, y seres reales que pasan entre el fuego y ellos, y de los cuales no alcanzan á ver sino las sombras que se proyectan en el fondo de su habitación, ni á *oir* sino ecos que parecen salir de las sombras mismas. Tal es para ellos la vida; tal es el Universo. Los más sabios, entre ellos, han especulado sobre las relaciones y naturaleza de las sombras, y llegan á predecir su vuelta. Si alguno de ellos se ve al cabo libre de tan odioso encarcelamiento, después de muchas ofuscaciones y deslumbramientos, causados por el súbito resplandor, llega por fin á conocer la vida y el reino del sol; si este cautivo volviera á entrar en la caverna y anunciara á los hombres la verdad, éstos le llamarían loco, y acaso lo matarían. Esta caverna es nuestra vida; este fuego es nuestro sol; estas sombras son los seres que conocemos, y los seres verdaderos y el verdadero sol son las ideas y el bien supremo inteligible. El cautivo rescatado es el alma, que asciende al espacio inteligible, y que contempla en sus últimos límites al padre de lo bello y de lo bueno, la causa del sol y de la luz en el mundo visible, de la inteligencia y la verdad en el mundo inteligible.»

La imaginación calenturienta de Platon guiaba su pluma en este arranque de sublime poesía. Bien dice él

mismo. En el mundo de la realidad, que es por desgracia el que prefieren la mayoría de los hombres, había de tener su palabra resonancia muy escasa, y aun no había de faltar quien la calificara de locura.

La verdadera discreción consiste en evitar lo más posible exageraciones peligrosas. Completemos con Aristóteles y con los demás filósofos de cuenta, el drama de la vida, tan bien inaugurado por la inimitable sinfonía de Platon.

Cavilosidad, del latin *cavus*, hueco. — Pensamiento hueco, que se ejercita en el vacío rellenándole de males imaginarios.

El cauteloso lo es más por sentimiento que por reflexión. El reflexivamente cauteloso es el prudente.

El caviloso sospecha males ocultos, aun en aquello donde menos probabilidades hay de encontrarlos.

Es entonces su cavilación principio de manía, que puede llegar á monomanía de persecución.

El caviloso piensa demasiado el mal y, si no es pesimista en todo, lo es al menos desde ciertos puntos de vista determinados.

Ceder. — Consentir la negación de algo que antes se afirmaba. Despojarse el sujeto de algo, que antes contribuía á su objetividad.

Todos cedemos por necesidad algo de lo que somos, para que el tiempo nos dé algo de lo que no éramos. Si esto es cumplimiento de una ley general, cumplámosla en todo y hagamos el bien para que nos venga el bien.

Ceguedad. — Privación del sentimiento de la luz. También hay ceguedades interiores, que consisten en privación de legítimo pensamiento respecto de uno ó muchos puntos determinados.

Los ciegos no pueden ver sus ojos deteriorados. ¿Cómo los ciegos de entendimiento podrían ver aquello mismo que hace rutinariamente un *sentimiento* irreflexivo?

Celajes. — Objetividades variadas en el cielo y en el horizonte visible. Los *ideales*, que llama Kant ideas de la razón práctica, son celajes del pensamiento, en la parte que tiene de indefinido y que es su cielo especial.

El cielo de la religión es un celaje del pensamiento, que nos representa lo ideal realizado, así como el celaje de la Naturaleza nos representa á su modo lo real idealizado.

Celo, del griego *zelos*, ardor. — Voluntad de hacer algo asiduamente, y sin omitir diligencia que conduzca al fin apetecido.

Plausible es el celo respecto de fines también plausibles. Puede hacerse indiscreto, cuando se propone fines poco importantes y más si perjudica á un mejor fin.

Celos. — Confluencia del amor á un objeto con el temor de que nos sea arrebatado y la aversión al presunto autor del hecho que se teme.

Los celos son muy frecuentes compañeros del amor personal entre ambos sexos, y de todo otro amor, á la propiedad, á la gloria, á *cualquier bien*. Quien ama al bien, sólo por ser bien en general, no tiene celos de nadie.

Célula. — Unidad elemental de un organismo. La célula tiene: su núcleo, representante de la interioridad; su cubierta representante de la exterioridad, y su contenido representante del intermedio entre lo exterior y lo interior. A estos elementos analíticos, que aparecen en el espacio, se agrega en el tiempo el coeficiente indefinido, que determina el movimien-

U. A. N. L.

to, la realización de actos, la asimilación y la desasimilación, cuando la célula es viviente.

La célula viviente es un esquema de la función de vivir en general; es la unidad viviente, análoga á la unidad matemática, á la molécula en la Física, al átomo en la Química, á la unidad lógica, individuo, y, en fin, á la unidad humana.

Celular, de celda.—Recinto hueco, circuido por un límite definido.

¿Qué otra cosa es el esquema de la vida? Una línea circular que circunda á un vacío relativo. No le falta más que una ventana para respirar: una curva abierta adosada á la cerrada.

Células son los elementos de los cuerpos organizados; célula el embrión de un ser viviente, fecundado ó no.

Célula es también el elemento de la vida consciente, síntesis, adosada á la ventana del análisis, por donde le entra y sale el espíritu, prestándose á su modo á la función respiratoria.

Célula es el célebre microbio, tan ensalzado en la patogenia de nuestros tiempos.

¿Qué más microbio que cada una de las células que viven dentro de nuestro organismo, y que son capaces de vivir fuera de él, si lo consienten el cosmos orgánico y el inorgánico, con que se hallan en contacto?

¿Qué más microbio que la célula dormida en el óvulo materno, esperando el calor ó el objeto externo, cuyo contacto abre la puerta al espíritu fecundante?

Una vez fecundado el huevo, no es extraño que todavía necesite calor y otras condiciones cósmicas para prosperar; puesto que el cosmos es la residencia universal de los vivientes en prisión celular común, y es preciso

que los vivientes se acomoden á ella.

Cenestesia, del griego *koinos*, común, y *aisthein*, sensación.—Sentimiento del movimiento. Tal es el sentimiento práctico de acción externa que revela la vida.

El sentimiento teórico es el revelado á la inteligencia por análisis.

La dificultad está en que la inteligencia no se deje seducir sólo por el sentimiento analítico, ni sólo por el sintético.

El análisis, inmovilizando la función, no enseña más que el espacio indefinido.

La síntesis de espacio y de tiempo (movimiento) es la única que convierte el espacio (indefinido durante el análisis) en espacio definido en virtud del tiempo, como actividad encarnada en correlativa pasividad.

Tal es la función, destacándose simultánea y sucesivamente como fenómeno (espacio) y como ley (tiempo) de un fondo común de espacio y tiempo indefinidos.

¡Y decir que todo este cuaternario (presente, pasado y futuro como tiempo, y presente como espacio) se ha de comprender en un solo instante, para sentir á toda la altura posible el *acto puro* de la vida!

Ceniza, del griego *konis*, cana.—Residuo de la combustión, procedente de estar el cuerpo que arde mezclado con otros que no arden.

Lo que arde suele ya ser residuo de la vida: la ceniza es entonces residuo del residuo. El fuego de la vida deja como residuo el cadáver: polvo, ceniza y sombra.

Censura.—Calificación de algo como bueno ó como malo: mas especialmente se entiende como malo.

Censurar á alguno puede equivaler á calificarle en general: pero imponer

una censura, sin añadir cuál, implica ordinariamente juicio desfavorable.

Centralidad, de centro.—Cualidad de un centro. No se ve centro en el espacio, que no suponga otro centro; como no se ve circunferencia, que no suponga otra circunferencia.

Sólo es centro que satisface la necesidad de otro centro en el espacio, el instante en que está presente el tiempo.

El centro, relativo siempre en el espacio definido, en un indefinido espacio, lo realiza en el tiempo el individuo viviente.

Este individuo, ya sea el portador instantáneo de la vida tipo (pensamiento), ya el que realiza los tipos degenerados (sentimiento animal y organismo vegetativo) es siempre el mismo; *negación* pertinaz de toda centralidad exterior, que sólo se salva por la negación de *si misma*, dentro de *si misma*, pronunciada *para si misma* en *son afirmativo*.

Centro, del griego *kentron*.—Unidad superficial, imaginable en absoluto. La centralidad relativa es condición indispensable de todo espacio limitado por una circunferencia; pero semejante condición se realiza de diversos modos, todos imperfectos. Cualquier punto, designado como centro, por pequeño que sea, tiene á su vez un centro, no asignado y asignable sólo con igual imperfección.

Lo mismo puede decirse del centro del movimiento cósmico, de la gravitación universal. Tiene ésta centro y circunferencias en general y en particular, como el espacio y los espacios; pero ningún centro asignable deja de figurar como circunferencia de otro centro, que se sigue fraguando en la serie de los tiempos.

Solamente el individuo, *abstrayén-*

dose en el tiempo, se designa á sí propio como centro indivisible (ley), en el espacio y en el tiempo.

El centro común de todos los centros, (Dios, unidad suprema), es indefinido en realidad, y definible sólo simbólicamente, como centro común de los centros definibles en el espacio y en el tiempo.

Véase, pues, con qué condiciones es el hombre centro del Universo natural, y Dios centro universal.

El hombre, centro común de los mundos que habita (real é ideal), se excentraliza y se concentra en ambos sentidos, y en esto consiste su vida.

El problema de la vida mejor posible estriba en *buscar* y *encontrar* el equilibrio, dentro del correlativo desequilibrio.

Centro del organismo humano.—El hombre se considera fácilmente á sí propio como centro del Universo; pero ¿cómo encontrar el centro del organismo humano?

Trabajo le costaría al anatómico, aun provisto de la aptitud mayor para usar la regla y el compás.

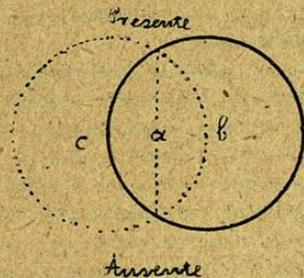
La dificultad de hallar el centro en la objetividad humana, desaparece por de pronto, concretándose á la subjetividad. El sujeto es uno, ante el compás, el número y el peso.

Y, sin embargo, tampoco es absolutamente uno, en aquel apurado trance que llamaba Aristóteles acto puro, y que la ciencia viviente traduce como instante presente, tan fugaz é inasignable, que, con sólo estar presente, implica ya al *ausente* correlativo, el *antes* y el *después*.

Ha de contentarse el hombre con ser; *orgánicamente*, *centro colectivo* de muchos centros; y en el transcurso de su vida, en el tiempo, centro presente indiscernible del ausente, y discerni-

ble sólo en el espacio, como *antes y después*, según dijo Aristóteles con acertada inspiración.

Centro humano. — He aquí el esquema del sér humano como centro de todo cuanto con él se relaciona.



Donde quiera que esté el hombre ha de contarse como centro objetivo del mundo externo *b*, y del mundo subjetivo *c*.

Lo es también del movimiento que identifica y distingue correlativamente los dos mundos *b* y *c*, y, por consiguiente, del arte, que transforma la Naturaleza, haciéndola ideal, y da cuerpo á la idea, haciéndola real.

Cerco, del latín *circa* y *circus*. — ¿Por qué es cerco lo que rodea y cerca lo que está próximo?

Porque hay analogía entre estos dos sentidos, según sus relaciones en el espacio y en el tiempo.

En el espacio la *cerca* nos limita más ó menos y puede *estar* más ó menos próximo su remate.

En el tiempo nos limita asimismo, significando lo que no se *hará tarde*.

En el espacio tiene el hombre cerca lo que está contiguo á su cuerpo, y más ó menos lejos todo lo demás, hasta confinar con el cielo.

En el tiempo tiene el hombre cerca una muerte instantánea provisional,

y más ó menos lejos, hasta rayar en lo indefinido, la muerte definitiva.

Cerebro, del griego *kárè*, cabeza. — Órgano vegetativo del sujeto que piensa; pero no, como se ha dicho, órgano del pensamiento.

El órgano del pensamiento es el pensamiento mismo, el orden lógico, como lo sintió muy bien Aristóteles al llamarle *organum*.

Esto no impide que el órgano-pensamiento necesite el órgano-cerebro para pensar.

También la planta necesita tallo para tener flores.

Ambos órganos, pensamiento y cerebro, funcionan dentro de un organismo común, cuya parte visible es el cuerpo, anexionado á lo invisible: esto es todo.

Reducir este conjunto armónico al solo cerebro, y más aún, al cerebro colocado en la mesa del anfiteatro, es como reducir una pieza de música al papel en que está escrita ó al instrumento depositado en un escaparate.

Tengan en cuenta los que analizan destrozando una síntesis, que no se rehace la síntesis con la pieza sola que les queda entre las manos.

Ceremonia, del griego *chereo*, yo saludo, y del sanscrito *har*, hacer, y *mon*, acto cumplido. — Función exterior, que simboliza otra interior. Demostración de pensamientos que implican algo importante para la vida. Son ceremonias los ritos religiosos, las grandes festividades públicas y privadas y las fórmulas para el trato social.

Cero, derivación probable del griego *tzifra*, cifra (cifra en general y no particularizada de modo alguno). — Negación de cantidad. El cero no existe, como no existe en rigor el vacío. La nada en absoluto es nada: en

cambio lo es todo en relación, porque se relaciona con todo en general y con todas las cosas en particular.

Relacionándose el cero con los números, les da un valor positivo ó negativo; no se suma con ellos, pero los multiplica con todas las cosas en particular, colocado á la derecha de quien escribe; y los niega colocado á la izquierda.

De este modo funciona como generalidad ó ley del número.

Lo que en Matemáticas es cero (cantidad), en Lógica lo es todo (calidad, generalidad). Para entender el esquema geométrico de la vida hay que comenzar sometiendo al sentido lógico el sentido matemático.

Cerrar. — Limitar positivamente un recinto real ó ideal. Los sistemas filosóficos cerrados limitan la vida filosófica á un cadáver, arrebatado á la corriente vivificadora de los tiempos.

Los criterios cerrados son legítimos taxativamente respecto de aquello que comprenden.

Se hacen ilegítimos y falaces si pretenden extender su dominio á lo que no pueden comprender.

Certamen, voz procedente del latín. — Función encaminada á la averiguación de una verdad, ó á la determinación de un hecho que de ella ha de resultar.

El más noble certamen es el que se sostiene para la averiguación del *Bien* en todos sentidos: presente y futuro, estético, filosófico y moral, personal y colectivo, teórico y práctico; ramos todos de un solo árbol fecundísimo, del árbol del Paraíso, de cuya fruta no se puede comer, sin *realizar* la condición humana y abreviar con ella la distancia que la separa de la divina.

Certeza, de cierto. — La absoluta consignación de un hecho ideal como real.

No siendo lo real posible, sino como particular y relativo, sería contradecirse, y no decir nada, consignar la absoluta identidad entre una idea y una realidad.

Semejante identidad sólo puede ser particularísima, limitada á un espacio circunscrito, á un tiempo determinado y á un determinado individuo. Con todas estas salvedades puede haber certeza de alguna cosa; porque desde el momento en que la certeza es limitada por alguna indeterminación, se convierte en certeza viviente, mezcla de certeza y de fe, que así puede llamarse creencia racional como razón asentida por la creencia.

Crear y estar cierto corren unidos en la función del pensamiento, predominando más ó menos el uno ó el otro aspecto. Es bueno insistir en la certeza cuando lo permite un fundamento bien examinado; pero nunca con la obstinación inquebrantable que no consiente el menor resquicio á la duda. Es bueno también creer, pero sin negar los oídos á la razón que pone límite á la creencia.

La certeza es el sello que impone al pensamiento engendrado, el sentimiento generador de la ciencia; la duda es el contrasello, que compete al sentimiento superior de la función reflexiva, en que figuran el generador y lo engendrado; éste como *dado* y aquél como *no dado* en todo momento presente.

Certidumbre. — Se llama así á la certeza de la ley, á la certeza filosófica.

El hombre tiene certeza de los fenómenos y certidumbre de las leyes, ó de las que considera como tales.

U. A. N. L.

Por consiguiente, tiene certidumbre de las categorías del pensamiento, y de las ciencias que á su amparo se constituyen idealmente.

El individuo pensante no puede menos de tener certidumbre de su pensamiento viviente como fenómeno, como ley y como función.

La Filosofía no es más que esto; la biología del pensamiento.

Pero el pensamiento no puede vivir sino entre sus dos polos: lo que relativamente á él, figura como definido (el mundo exterior) en el espacio; y lo que correlativamente con lo definido figura como indefinido (el tiempo en sus tres modos; presente, pasado y porvenir).

Por eso es el pensamiento, definido en un sentido y en otro, constantemente indefinido.

La certidumbre pertenece á la ley formada en el acto de su formación. ¿Quién está seguro de sí mismo, fuera del momento fugitivo en que consigna tal seguridad?

No puede, por lo tanto, haber más que certidumbre relativa: 1.º á los datos precisos que se tienen en cuenta por el momento y 2.º á la permanencia de la ley actualmente formulada en la conciencia individual.

Mientras subsiste la función de donde emana el foco de leyes que se llaman categorías, hay: certidumbre abstracta de estas leyes y de las relaciones generales que tienen constantemente dentro y fuera de sí; y certidumbre concreta, limitada al actual instante, de la relación que tienen las leyes accidentalmente fuera de sí.

Cervantino, lo relativo á Cervantes.—Cervantes merece ser considerado como una de las mayores, si no la mayor gloria del genio espa-

ñol. Cervantina será la doctrina que emane de ese foco luminoso.

Esta doctrina es higiénica y lleva, como placer espiritual, la salud al pensamiento.

Allí se ve respetada la grandeza del espíritu y limitada en sus extravíos.

Allí se ve proclamado el acierto del sentido común y advertido de sus deficiencias.

Todo esto es eminentemente práctico: otros españoles se elevaron poéticamente á las teorías más sublimes (Calderón, Fray Luis de León, Quintana, etc.); mas nadie igualó á Cervantes en la prodigiosa adivinación de los misterios de la vida humana, fielmente traducidos por la práctica diaria de la misma vida.

Cesalpino, médico y filósofo panteísta.—Su Dios es el alma del mundo. «Los filósofos, dice, no son monjes ni teólogos, sino legos, médicos, sabios filólogos, eruditos. La iglesia es el residuo que queda á la escolástica.»

De presumir es que no dejara Cesalpino de dar oídos á la ley moral, y su asentimiento, respecto de este punto, hubiera podido muy bien llevarle al *concertamiento* de un pacto, un *modus vivendi* común entre la ciencia y la religión.

Cesar, del latín *caedere*, cortar.—La cesantía es cosa grave en cualquier función sana de la vida: gravísima en ciertas cosas, si respecto de ellas se hace absoluta.

Aquí se ve también fonéticamente cierto enlace entre las palabras cesar, caso, cosa y causa, y es posible hallar correspondencia de relación entre los conceptos correlativos.

Mientras se dá el caso de una cosa causada por otra y por sí misma, se da

un sér viviente. Cuando deja de darse este caso *cesa* la vida y si solo *cesa* la causa de sí misma queda el sér no vivo.

Pero queda entonces, además del mundo figurado exteriormente, otro mundo figurado interiormente para quien quiera vivir; y el pensamiento quiere la vida. ¿La conservará en lo futuro como cesantía de presente?

Es de esperar, porque el espíritu lo quiere, lo manda mientras habita en nuestro cosmos, y no abdica este mando al que entiende tener legítimo derecho.

Cesto.—Quien hace un cesto hará ciento, si le dan lugar y tiempo.

Esta fórmula es toda una Filosofía y filosofía viviente, aunque no lo parezca.

Cesto, cantidad=(fenómeno, hecho, exterioridad, espacio, objeto) quien (calidad=ley, factor, interioridad, sujeto, negación de espacio) y tiempo.

Estos tres elementos, cantidad, calidad y tiempo, diseminados constituyen un análisis teórica. La síntesis práctica, ó sea la relación llevada á cabo entre tales elementos, los *hace pasar* de relativamente indefinidos á relativamente definidos y viceversa (suceso=principio y fin, causas autonómica y heteronómica; acción y pasión, entre lo relativamente definido y lo relativamente indefinido).

Parece imposible que un adagio vulgar suponga tanta labor filosófica, y, sin embargo, esto nos da á cada paso lo que llamamos Providencia, como da el campo la hierba para que coman los ganados.

La verdad no es tan artificiosa como muchos piensan; todo hombre la *siente* mejor ó peor. Solo cabe sentir-la, dentro de lo posible, lo mejor posible.

La más sencilla *oración* de sujeto-predicado, y cópula (ser en teoría, y hacer en práctica) es ya un esquema filosófico: ni más, ni menos.

Cetro, del sanscrito *scamb*, apoyarse.—Símbolo de apoyo, de amparo. Cuando apoya la ley, es eminentemente el símbolo del orden social, del poder, de la justicia. Cuando apoya al anciano ó al débil es símbolo del apoyo que necesita el espíritu en el cuerpo.

Por eso usan el cetro los reyes, las varas la justicia, los bastones con borlas los que mandan, los cayados los pastores, y los bastones vulgares los demás que los necesitan.

Todos estos cetros son del orden objetivo. Otros cetros hay del orden subjetivo, y pertenecen á las diversas formas del bien en el pensamiento.

En certámenes femeninos se adjudican cetros ideales á la hermosura. En certámenes de conciencias, obtienen cetros la bondad y la santidad. En certámenes de belleza ideal, pertenecen á los poetas y demás grandes artistas. En certámenes científicos, á los cultivadores del campo filosófico, que exponen mejores frutos ante la crítica de sus contemporáneos y de la posteridad.

Cicerón, gran orador romano y gran filósofo práctico, que no ha sido tan bien apreciado por la posteridad, en lo que vale su doctrina, como lo fué su elocuencia, considerada como tipo de todas las posibles.

Sin embargo, fué también filósofo eminente, como puede juzgarse por las siguientes frases, copiadas de sus escritos:

«Mi palabra, no fija la certidumbre como pudiera hacerlo la de Apolo Pitio; pero como hombre que soy entre muchos otros, conjeturo lo proba-

U. A. N. L.

ble. ¿Dónde, en efecto, podría encontrarse algo que pase de semejante a la verdad? Nada tan temerario y tan indigno del sabio, de su constancia y de su gravedad, como sostener, sin que le asalte la menor duda, una cosa que no se halla todavía bastante explorada y que no es suficientemente conocida. Por nuestra parte nos referimos a lo probable, y estamos igualmente dispuestos a refutar sin obstinación, y a oír sin cólera a los que nos refuten. Las cosas en sí mismas son oscuras y el juicio del hombre, débil. Caminamos, sin embargo, en pos de la verdad y deseamos ardientemente conocerla. Hacemos todo lo posible para que nuestros jueces se formen una opinión, y que sea verosímil en el más alto grado asequible; pero en cuanto a nosotros, nos es más fácil *creer*, que estar seguros de la verdad. Así a lo menos, permanecemos *libres* entre esos partidarios acérrimos de la certidumbre, que se agarran al primer sistema, como a la primera roca que la casualidad les proporcionara entre las olas en medio de la tempestad.

«Es cierto—añade— que se necesita un principio racional, *una regla para la vida*; pero si no le encontramos en lo cierto, le obtendremos en lo probable, y esto basta. Siguiendo el ejemplo de Sócrates y de Carnéades, nos reservaremos nuestra opinión, refutaremos las de otros, y en cualquier cuestión que ocurra, procuraremos acercarnos lo más posible a la verdad.»

Estas prudentísimas palabras merecen inscribirse en letras de oro. Y sin embargo, si valen por lo que expresan, no vale menos lo que hacen desear.

Ese principio racional, esa REGLA

PARA LA VIDA, ¿quién otro la puede dar sino el pensamiento viviente?

Las reglas para la vida son las leyes categóricas, formuladas bien ó mal en todos los cuadros de categorías. Cuanto mejor se formulen estos cuadros, que son *frases hechas*, que necesita tener hechas el pensamiento en todo momento presente, reproduciéndolas fielmente en la serie continua de momentos sucesivos. Cuanto más se *aproximen a su fórmula verdadera* en el *original* hombre pensante, más aceptable resultará la fórmula que aceptemos.

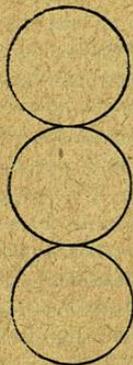
¿No se aproxima bastante a la verdad la fórmula de la vida que, después de las de Kant, de Hegel y de Renouvier, da la ciencia viviente recomendando las categorías: sujeto y objeto (teóricas), autonomía y heteronomía (prácticas)?

Cíclico, de ciclo.—Lo que es de forma circular.—La vida tiene carácter cíclico. Consta de tres círculos: dos extremos y uno medio (sintético y analítico). Cada uno de ellos aislado es único. En relación todos se limitan y *analizan* recíprocamente por sus entrecruzamientos en los puntos de contacto; donde se abren para cerrarse simultánea y sucesivamente.

El círculo inferior es el de la nutrición

que linda con la tierra; el medio es la circulación media (la de la sangre) el superior es la respiración, que linda con el aire en la tierra y con la divinidad en el cielo ideal.

La reproducción de estos actos cir-



culares da consistencia a la vida, como la reproducción de círculos concéntricos da *consistencia positiva* a la esfera.

Esférico es el cosmos; esférico el acto puro (conciencia de la conciencia).

El centro de la esfera cósmica, ni se toca, ni se reproduce. Menos aún se toca el centro de la conciencia; pero se reproduce autonómicamente en relación perpetua con toda circunferencia definida.

Ciclo, del griego *kiklos*, círculo.—Periodo indefinido de tiempo, que, acabado, torna a aparecer de nuevo.

Desde el instante ó el *mínimo* tiempo, hasta el ciclo de siglos, hay una cadena de progresión de tiempos determinados, que se destaca del tiempo indeterminado. La vida es un ciclo de años, de días, de horas ó de instantes.

La unidad de tiempo es dada por el individuo. Comienza con su nacimiento y se prolonga el ciclo individual durante su vida.

Cíclico es lo que se reproduce siempre, como es el sistema astronómico todo el compuesto de círculos relativamente determinados; y como lo es también el pensamiento abstracto, que se alimenta de síntesis (círculos ideales) constantemente reproducidos.

Cíclica se llama la enseñanza que consiste en describir el círculo más completo posible, de lo que hay propósito de enseñar, y reproducirle cada vez con mayor extensión hasta llegar a la plenitud que se apetece.

Ciclóide, de ciclo.—La curva geométrica que se describe idealmente, suponiendo que un punto de un círculo traza una línea mientras la circunferencia entera gira sobre un plano.

De este modo resulta en Geometría una espiral, comparable en su función viviente, a una serie de análisis desprovistas de síntesis correlativas: crítica filosófica abstracta, eliminada la síntesis práctica.

Cielo, del griego *koilos*, cóncavo.—El espacio indefinido que rodea la tierra y todo el sistema estelar.

Semejante indefinición se traduce irremisiblemente por definiciones correlativas.

Se definen en el cielo planetas, soles, estrellas, celajes, todo sobre una generalidad más ó menos azul. Este color azul es el nuncio de la oscuridad, ó de la negación de luz, por el reverso celeste; así como por el anverso la afirma con resplandores contrapuestos a toda oscuridad.

El cielo es impalpable: cuanto podemos palpar y aun ver desde la tierra no se llama cielo, sino tierra; pero aunque impalpable el cielo material, es siquiera visible, todo él se compone de luz y oscuridad.

El cielo en el pensamiento es el lado definido de la función de definir, que simboliza lo indefinido.

La función de definir este cielo es función religiosa de la Fe y función metafísica de la Ciencia.

La ciencia inconsciente de sí propia se fija en el polo definido de la función de definir, dándole el nombre de sustancia; ó se fija en lo indefinido profesando el escepticismo ó la negación metafísica. La ciencia que se comprende a sí misma como función, sólo admite lo en ella definido como científico, y para lo no científico adopta un símbolo adecuado de la función de definir.

Cielo invisible.—Hay cuatro cielos invisibles sobre un suelo visible, comprendiendo en este suelo to-